

Y diciendo esto, fijaba en los ojos de Vinicio sus pupilas de color avellanado con una expresión fría é insolente que turbó todavía más al joven militar.

— Soy culpable; lo confieso — dijo Vinicio. — En cambio tú eres noble y generoso y te agradezco profundamente cuanto has hecho por mí. Permíteme, sin embargo, otra pregunta: ¿Por qué no mandaste á Ligia directamente á mi casa?

— Porque el César quiere cubrir las apariencias... El hecho dará qué hablar en Roma, y puesto que hemos exigido la entrega de Ligia so pretexto de haber sido dada en rehenes, conviene que permanezca en el Palatino hasta que nadie se acuerde del suceso. *Barbarroja* es un cobarde. Sabe que su poder es ilimitado y no obstante busca siempre excusas á sus actos. ¿Te has repuesto ya lo suficiente para poder filosofar un poco? Me he preguntado muchas veces por qué siendo omnipotente, como el César, y estando seguro de la impunidad, el crimen se esfuerza en cubrirse con la máscara del derecho, de la justicia y de la virtud... Para mí el asesinato de una madre y el de una esposa son actos dignos de un rey-zuelo del Asia, no de un emperador romano; pero si yo, por acaso, llegara á cometerlos, no escribiría cartas al Senado para justificarme... y Nerón lo ha hecho. Nerón se disculpa porque es pusilánime. Sin embargo, Tiberio, que no lo era, trataba también de justificar sus crímenes. ¿Cómo se explica este enigma?... ¿Por qué este homenaje del crimen á la virtud? En mi concepto porque el crimen es feo y la virtud bella. Por esta razón el verdadero artista es un ser virtuoso. Luego, yo soy un hombre virtuoso. Siento deseos de hacer una ligera libación en honor de Protágoras, Pródigo y Gorgias. Está visto que hasta los sofistas sirven de algo... Prosigo: he arrebatado la ligia á los Aulo para entregártela. Lissipo haría de los dos un grupo admirable. Entrambos sois hermosos; mi resolución también lo es, y siendo hermosa, claro es que no puede ser vituperable. Observa, Marco: la personificación de la virtud está en tu presencia: es Petronio. Si Aristides estuviese aun en el mundo de los vivos, me ofrecería cien minas como recompensa por el curso abreviado de filosofía de la virtud que acabo de darte.

Vinicio, á quien, ciertamente, interesaba más lo práctico y real que las teorías filosóficas, se limitó á contestar:

— Mañana veré á Ligia, y después la tendré en mi casa hasta la muerte.

— Tú tendrás á Ligia y yo tendré al viejo Aulo sobre las espaldas, enviándome continuamente á todos los dioses infernales. ¡Si al menos tomara una lección previa de buena crianza!... Pero es seguro que chillará y gritará como hacía con mis clientes un antiguo portero, á quien, por esta causa, mandé á uno de los ergástulos del campo.

— Ha estado en mi casa y le he prometido darle noticias de Ligia.

— Escríbele que la divina voluntad del César es suprema ley y que á tu primer hijo le pondrás el nombre de Aulo; conviene dar al pobre viejo algún consuelo. Estoy por hacerle invitar al banquete de mañana. Tendría al menos la satisfacción de verte en el *triclinio* al lado de Ligia.

— No lo hagas — dijo Vinicio. — Me dan lástima; especialmente Pomponia.

Y se sentó, y escribió la carta que había de desvanecer toda esperanza en el corazón de Aulo y en el de su esposa.

## VII

Los hombres más ilustres de Roma habían prestado acatamiento al poder de la liberta Actea mientras fué dueña del corazón del César; pero lo cierto es que jamás se inmiscuyó en los negocios de Estado é hizo siempre el bien posible, congraciándose así con todos sin captarse la enemistad de nadie. Caída en desgracia, pasaba casi inadvertida á los ojos de los cortesanos. Sabían que continuaba amando á Nerón sin esperanza de correspondencia y sin más consuelo que el recuerdo de que también la amó cuando era más joven y menos perverso. Ni á la misma Popea infundía celos ni temores.

De vez en cuando era convidada á los banquetes, en los cuales tomaba asiento en sitio preferente, lo cual no ofrecía ninguna novedad, pues que en tiempo de Claudio eran muchos los libertos que se sentaban á la mesa imperial al lado de los patricios más encumbrados.

Nerón, por otra parte, no era muy escrupuloso en la elección de sus comensales y daba la preferencia á los senadores que le divertían con sus payasadas, á los patricios estragados por

los placeres, á las damas linajudas desprovistas de todo recato, á los magistrados y á los sacerdotes que al levantar las copas rebosantes de vino se mofaban de los dioses.

Al lado de estos personajes de alta alcurnia, aunque á distancia de la mesa y en sitio más bajo, se sentaban formando compactos grupos cantores, histriones, músicos, danzantes, poetas que mientras recitaban sus versos se solazaban pensando en los sextercios que les valdrían sus alabanzas al estro poético de Nerón, filósofos que devoraban con la vista los manjares y aspiraban con avidez los vapores del vino, aurigas famosos, prestidigitadores, saltimbanquis, narradores de cuentos, farsantes; en suma, toda la turbamulta de holgazanes y bellacos á quienes la moda había rodeado de una celebridad más ó menos efímera, no faltando entre ellos algunos que se cubrían con los bucles de sus cabellos las orejas horadadas, signo de la esclavitud.

Esa morralla, cuyo destino era divertir á los señores y que se alimentaba con las sobras de la mesa imperial, era buscada con solicitud por Tigelino, Vitelio y Vatinió, los cuales se encargaban con frecuencia de proporcionar vestidos á muchos para que pudiesen presentarse con el decoro debido delante del César y sus cortesanos. Nerón, por otra parte, tenía predilección por tal gentuza, porque entre ella se hallaba á sus anchas. Por lo demás, la magnificencia del palacio cubría la miseria y la podredumbre de la sociedad que lo frecuentaba...

Aquella noche Ligia había de asistir al banquete imperial. Mucho antes de que empezara estaba sobrecogida de espanto. Se lo infundían el César, la turba de los convidados, el mismo palacio con sus confusos rumores... Había oído hablar á los Aulo de las fiestas orgiáticas de Nerón, síntesis de todas las ignominias de la corrupta Roma, y sentía la inminencia del peligro y también la reacción de la virtud que le daba alientos para resistir. Su alma juvenil é incontaminada, fortalecida por la fe en la sublime doctrina en que Pomponia la había iniciado, se sentía con bríos para defenderse contra toda asechanza, y juraba la casta doncella que saldría victoriosa de aquella terrible prueba; lo juraba á su madre adoptiva, se lo juraba á sí misma y lo juraba con firmeza al Divino Maestro, en quien creía y á quien amaba por la dulzura de sus enseñanzas, por los dolores de su Pasión y Muerte y por la gloria de su Resurrección.

Convencida de que ya no se haría responsable de sus actos á Pomponia y Aulo, pasó por sus mientes la idea de resistir á la voluntad del César no asistiendo al festin. Luchaban en su alma los encontrados sentimientos del temor y del deseo de provocar por medio de la rebelión los tormentos y la muerte. ¿No se había sacrificado por los hombres el Divino Maestro; no afirmaba Pomponia que sus más fervientes adeptos anhelaban el martirio y lo impetraban, con sus plegarias, de la Divina Misericordia? A menudo, en casa de los Aulo, experimentaba este anhelo ardiente, y llevada en alas de la imaginación se veía con frecuencia martirizada, con las manos y los pies ensangrentados, blanca como la nieve, revestida de una belleza inmortal, transportada por los ángeles al cielo. En estos arrobamientos entraban por mucho los antojos de la fantasía infantil, por lo que Pomponia á veces la reprendía. Mas ahora la desobediencia á la voluntad del César podía provocar tremendo castigo y convertir en realidades las hermosas visiones de sus ensueños. Y una terrible curiosidad hacía aún más profundo su deseo y aumentaba su espanto: la curiosidad de saber qué castigo se le impondría, qué suplicio se inventaría para hacerle pagar la desobediencia.

Combatida por tan opuestos sentimientos, el alma de la doncella permanecía irresoluta; pero Actea, á quien confió sus cuitas, la miró con estupor. «¿Oponerse á la voluntad del César? ¿Atraerse el primer día su odio y su furor? Era preciso para hablar de aquella suerte no tener noción de la realidad, ser una verdadera niña. De las revelaciones de Ligia se deducía que, más que un rehén, era una muchacha abandonada por los suyos y que no estaba, por lo tanto, bajo la salvaguardia del derecho de gentes; y aunque lo estuviera, Nerón, señor del mundo, tenía poder para despreciar, en un momento dado, todas las leyes. Al César se le había antojado arrebatarla á los Aulo llevándola á su propio palacio, y allí debía permanecer hasta que al César le pluguiera.»

— Si — proseguía; — he leído las epístolas de Pablo de Tarso y por ellas sé que más allá de este mundo hay un Dios y el Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos; pero en la tierra no hay más soberano que el César. No lo olvides, Ligia. Ya sé que vuestra doctrina os prohíbe ser lo que yo un tiempo fui y que, como los estoicos, de quienes me habló Epicteto, cuando se os da á elegir entre la deshonra y la muerte debéis siempre esco-

ger la muerte. Pero, ¿quién sabe cuál es la suerte que te espera? ¡Ligia, Ligia!.. ¡No irrites á Nerón!.. Cuando llegue la hora suprema, cuando te veas obligada á optar entre la muerte y la vergüenza, obra conforme te dicte tu doctrina... Entre tanto no provoques espontáneamente tu pérdida, no irrites en vano á un dios terrestre y sanguinario.

Hablaba Actea con calor, movida de afectuosa piedad, y, como era miope, acercaba su rostro al rostro de Ligia para observar mejor el efecto que producian sus palabras. La muchacha acabó por echarle los brazos al cuello, con infantil abandono, exclamando:

—Eres muy buena, Actea.

—Han pasado ya para mi los días felices—respondió ésta, desprendiéndose de los brazos de Ligia;—pero no soy mala.

Luego, andando por la estancia con paso corto y rápido, prosiguió con acento de desesperación:

—Tampoco era malo él, entonces... Se consideraba bueno y quería serlo... ¡Lo sé mejor que nadie, Ligia! El cambio de su carácter se ha operado después que dejó de amar... Le han llevado por caminos extraviados... otros... y Popea.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ligia, que la miraba fijamente, le preguntó:

—¿Le compadece, pues, Actea?

—Sí, le compadezco—respondió la joven griega con voz sorda, y continuó paseando por la estancia con las manos crispadas y el dolor pintado en el rostro.

—¿Le amas todavía?

—Le amo... y nadie más le ama.

Cuando sus facciones hubieron recobrado la expresión habitual de honda melancolía, dijo:

—Hablemos de ti, Ligia. Sería una locura contrariar la voluntad del César. Por otra parte, tus temores son infundados. Conozco muy bien esta casa y estoy segura de que por parte de Nerón ningún peligro te amenaza. Si te quisiera para sí no te habría traído al Palatino. Aquí manda Popea y el César se halla subyugado completamente por esta mujer desde que le dió una hija... No; aunque Nerón haya ordenado que asistas al festín, ni te ha visto aún, ni ha preguntado por tí, señal evidente de que no le interesas lo más mínimo... Es posible que te haya sustraído al cariño de Pomponia y de Aulo sólo para mortificarles... Petronio te ha puesto bajo mi protección y

como Pomponia me ha escrito también en este sentido, lo más probable es que se hayan puesto de acuerdo. Quizás Nerón, aconsejado por el *Árbitro de las Elegancias*, te devolverá á los Aulo. No creo que tenga por Petronio un afecto sin límites; mas pocas veces se atreve á contrariarle.

—¡Ay de mí, Actea!—exclamó Ligia.—Petronio estuvo en casa antes de que se me llevaran, y mi madre está convencida de que por instigación suya me ha reclamado el César.

—Tal vez Petronio ha referido á Nerón en algún banquete íntimo que habia visto en casa de los Aulo á la joven que dieron en rehenes los ligios, y el César, celoso de sus prerrogativas, te habrá reclamado, porque los rehenes pertenecen al Emperador. No, no creo que Petronio, queriendo sacarte de allí, haya apelado á semejante recurso. Sé que no es menos disoluto que los demás augustales (1), pero no tiene tan malas entrañas. En caso contrario podrías hallar otra persona que intercediera por tí. En casa de los Aulo, ¿no has trabado conocimiento con alguno de los cortesanos?

—He visto allí á Vespasiano y á Tito...

—El César los odia.

—Y á Séneca.

—Basta que Séneca quiera alguna cosa para que Nerón haga precisamente la contraria.

—Y á Vinicio—agregó Ligia, con voz tímida y ruborizándose.

—No le conozco.

—Es un pariente de Petronio. Ha regresado de Armenia recientemente...

—¿Crees que Nerón le tiene simpatía?

—A Vinicio le aman todos...

—Y ¿consentirá en hablar en tu favor?

—Sí.

Actea, con cariñosa sonrisa, replicó:

—Es probable, pues, que le encuentres en el festín. No dejes de asistir. Quizás Petronio y Vinicio conseguirán hoy mismo que seas devuelta á los Aulo. Entramos, si estuviesen

(1) Nerón, para asegurarse el aplauso cuando cantaba en público, creó un cuerpo de cinco mil caballeros, según César Cantú, la flor de la juventud, llamados *augustani*, con maestros que les enseñaban á aplaudir y á imitar el susurro de las abejas, la lluvia y las castañuelas.

aquí, te aconsejarían lo mismo. Sólo una niña como tú puede pensar de otro modo. La resistencia sería locura. Puede que el César no advirtiese siquiera tu ausencia; pero si llegara á cruzarle por la mente la idea de que te oponías á su voluntad, estabas perdida. Ven, Ligia. ¿Oyes ese rumor de voces? Es que el sol se halla ya en el ocaso y pronto empezarán á llegar los convidados.

—Tienes razón, Actea — respondió Ligia; — seguiré tu consejo.

Le hubiera sido difícil determinar con exactitud en que proporciones le habían movido á tomar esta resolución el deseo de hablar á Petronio y á Vinicio, y la curiosidad femenil de ver al César y su corte, á la famosa Popea y todo el esplendor y el fausto de aquellas orgias, de las cuales con tanta admiración se hablaba en Roma. Sin embargo, lo que en definitiva la decidió fué la lógica de las consideraciones de Actea.

Esta la condujo á su tocador para vestirla y perfumarla. Aunque en el palacio imperial no escasearan las esclavas y tuviera la liberta de Nerón un buen contingente de ellas á su servicio, quiso vestirla por sus propias manos, movida á piedad por su inocencia. Actea que, á pesar de haber leído con asiduidad las epístolas de Pablo de Tarso, conservaba en el fondo del alma una de las cualidades características de la raza helénica, el amor á la belleza corpórea, no cesaba de admirar la insólita hermosura de Ligia.

—¡Eres cien veces más bella que Popea! — exclamó en un raptó de entusiasmo.

Le puso una túnica dorada, de tela finísima; dos esclavas la calzaron sandalias blancas recamadas de púrpura con cordones de seda y oro, mientras otras dos le hacían el tocado. Terminado éste, Actea la revistió con niveo peplo, dándole pliegues estatuarios, la adornó con un collar de perlas y derramó sobre sus cabellos una lluvia de polvo de oro.

Al presentarse ante las puertas del palacio las primeras literas, las dos mujeres se hallaban en el *criptopórtico* lateral, desde el que la vista podía abarcar el vestíbulo del centro, las galerías interiores y la gran sala de recepciones con su bosque de columnas de mármol numídico. Nuevos grupos de convidados pasaban de continuo bajo el esbelto arco de ingreso, desde lo alto del cual parecía lanzarse á los aires la hermosa cuadriga de Lissipo, trasportando á Diana y Apolo. Ligia estaba asom-

brada de la magnificencia de aquel espectáculo, del cual ni la más vaga idea había podido adquirir en la modesta casa de Aulo. El sol poniente hería con sus moribundos rayos las columnas de mármol amarillo, produciendo reflejos sanguinolentos. Por los intercolumnios, rozando las blancas estatuas de los dioses y los héroes, desfilaban hombres y mujeres que, con sus togas y sus peplos de elegantes pliegues, parecían también estatuas. Un Hércules gigantesco, con la cabeza todavía anegada en la luz, contemplaba impasible el caudaloso río humano. Actea señalaba á Ligia á los senadores con sus togas de amplias franjas, sus túnicas purpúreas y sus sandalias adornadas de medias lunas de brillantes; á los héroes y los artistas famosos; á las damas vestidas á la moda romana, á la moda griega ó con caprichosos trajes orientales y con el cabello en forma acastillada, en forma de pirámide ó simplemente enroscado sobre la nuca á la manera de las estatuas de las diosas, y todas adornadas de flores; pronunciaba á veces los nombres de algunos concurrentes y relataba, con voz queda y breves palabras, su historia, que llenaba de espanto y de admiración á la inocente muchacha, mientras su alma virginal protestaba, como por instinto, contra aquella espléndida belleza impregnada de corrupción.

Entre los órdenes de macizas columnas, en los compactos grupos de personas de aspecto escultórico, bañados por la suave luz crepuscular, reinaba una calma solemne. Se hubiera dicho que entre aquellos mármoles de líneas simples y grandiosas moraban deidades felices en medio de una serenidad olímpica... Y, sin embargo, Actea continuaba revelando á Ligia nuevos horribles secretos del palacio imperial y de las gentes que lo frecuentaban.

—Mira allá, en aquel lado del *criptopórtico*... En las columnas y en el pavimento se ven aún las manchas de sangre que dejó sobre el blanco mármol el cuerpo de Caligula al caer asesinado por Casio; más allá fué degollada su mujer y estrellada su hija contra el muro... Bajo aquella ala del edificio hay un subterráneo en donde el más joven de los Drusos se royó los dedos, hostigado por el hambre; su hermano mayor fué envenenado allí; en aquel lado se atormentó á Gemelo; más acá Claudio se agitó en las convulsiones de la agonía; allá expiró Germánico... Estos muros oyen aun los gritos y los gemidos de los moribundos, y estos hombres que asisten al banquete

con sus ricas togas, sus túnicas multicolores, la frente ceñida con coronas de rosas, tal vez mañana serán condenados á muerte. Más de uno esconde bajo la plácida sonrisa la inquietud, el miedo, la incertidumbre del porvenir. La envidia y las concupiscencias atormentan el corazón de estos semidioses adornados con piedras preciosas y flores.

Ligia apenas escuchaba las palabras de Actea, abstraída por el pensamiento de huir de aquel mundo que fascinaba con una fuerza casi irresistible y por el deseo imperioso de refugiarse en la tranquila y modesta casa de los Aulo en donde reinaba el amor...

En tanto iban llegando del *Vicus Apollinis* nuevas oleadas de convidados, oyéndose el vocerío confuso de los clientes que acompañaban á sus patronos hasta las puertas del palacio. El patio se llenó de esclavos, de esclavas y de pretorianos. Entre los rostros blancos y bronceados se destacaban allá y acullá las facciones de ébano de algún nómada, cubierta la cabeza con yelmo empenachado y adornadas las orejas con grandes aretes de oro. La servidumbre entraba liras, cítaras, ramos de flores primaverales cuya floración se había provocado artificialmente en pleno Otoño, candelabros de oro, plata y bronce. Los rumores de la muchedumbre, que crecían por momentos, se mezclaban al murmullo de las fuentes, cuyos surtidores, al caer sobre las tazas de mármol, producían un ruido parecido á un lamento.

Actea permanecía en silencio y Ligia miraba á la muchedumbre como buscando á alguien. De pronto se ruborizó; de la columnata acababan de surgir Petronio y Vinicio, los cuales se dirigieron al *triclinio* con paso rítmico y sosegado, apuestos y acicalados, envueltos en sus togas de pliegues estatuarios. Mitigósele á Ligia el profundo pesar que le producían el desamparo, muy semejante á la soledad, y la añoranza de la casa de Aulo, en cuanto vió aparecer á aquellos dos amigos en medio de una turba tan numerosa de gentes desconocidas. El placer de encontrar á Vinicio y de poderle hablar ahogó todos sus demás deseos. Recordaba ya apenas las concisas y horripilantes narraciones de Actea, las advertencias de Pomponia, y observó entonces que, no solamente estaba persuadida de que había de asistir al banquete, sino que lo deseaba. La esperanza de oír pronto la voz amada de Vinicio le henchía el corazón de júbilo.

Súbitamente la alegría convirtiéndose en espanto, pues creyó que en aquel momento hacía traición á la pureza de su fe, á Pomponia, á sí misma. Se sintió culpable, y en un acceso de arrepentimiento, si hubiese estado sola, habría caído postrada de hinojos, golpeándose el pecho y confesando su falta.

Actea la cogió de la mano y la condujo al *triclinio*. Ligia avanzaba con los párpados casi cerrados por los reflejos de los millares de luces y zumbándole los oídos. Como en sueños, vió á Nerón y oyó las aclamaciones entusiásticas y ensordecedoras con que le saludaban los cortesanos. El penetrante olor de los perfumes le oprimía el pecho. Apenas se dió cuenta de que Actea la instalaba en su puesto sentándose á la derecha. Al otro lado susurró una voz que le era bien conocida:

— ¡Salud, la más hermosa de las doncellas de la tierra y la más hermosa de las estrellas del cielo! ¡Salud, divina Ligia!

Vinicio se había despojado de la toga, conforme al uso corriente, y llevaba solo una túnica purpúrea recamada de palmas de plata, de la cual salían los brazos desnudos y musculosos, verdaderos brazos de guerrero, hechos para sostener el escudo y la espada y adornados por encima del codo con brazaletes de oro. Ceñía sus sienes una corona de rosas. Con sus pobladas cejas, sus ojos hermosísimos, su tez bronceada, era la encarnación de la juventud y de la fuerza.

Ligia apenas pudo balbucear:

— ¡Salud, Marco!

Este continuó:

— ¡Dichosos los ojos que te contemplan, dichosos los oídos que escuchan tu voz más dulce que la flauta y que la cítara! Ya sabía yo que te encontraría aquí y, no obstante, cuando te he visto he sentido palpitar en mi alma un placer desconocido.

Comprendió Ligia al instante que la única persona de quien podía fiarse entre aquella muchedumbre era Vinicio, y empezó á preguntarle sobre muchas cosas para ella incomprensibles y amedrentadoras. «¿Por qué se encontraba ella en el Palatino? ¿Cómo lo había sabido Vinicio? ¿Por qué Nerón la había arrebatado á los Aulo? ¿Quería volver al lado de su madre! El palacio imperial le daba miedo; hubiera muerto de terror y ansiedad sin la esperanza de que él y Petronio intercederían para que el César la restituyese á su casa.»

Vinicio le explicó que había sabido el rapto por el mismo Aulo.

—En cuanto á la causa de encontrarte aquí—agregó—la ignoro, porque el César no da cuenta á nadie de sus acciones. Pero no temas; estoy á tu lado y no te abandonaré. Quien osara ultrajarte pagaría con la vida el ultraje. Te adoro, Ligia, de tal manera que dispuesto estoy á levantarte en mi casa un altar, como á una diosa, y á quemar en él constantemente áloes y mirra y á adornarlo de flores en la primavera. Y puesto que te infunde pavor esta casa, te prometo que no estarás mucho tiempo en ella.

A pesar de la falsía de Vinicio, en su voz vibraba el acento de la sinceridad, porque sincera era la pasión que le animaba. Las ingénuas palabras de la muchacha le conmovían hondamente, inundando su corazón de piedad y de ternura. Cuando Ligia le dió las gracias por sus bondades y le aseguró que Pomponia le estaría reconocida mientras viviese si lograba devolverla á sus solícitos cuidados, no pudo dominar la emoción.

Ella le hablaba quedo, con familiaridad, más confiada á cada instante en aquel ser, único entre los que la rodeaban á quien podía confiarse. Vinicio la consolaba, prometiéndole que la haría sacar del palacio de Nerón, que no la abandonaría jamás. En casa de Aulo le había hablado vagamente de amor y de felicidad; mas ahora concretaba su pensamiento diciéndole que la amaba sobre todas las demás criaturas, que no podría vivir sin ella...

El murmullo confuso de las voces, la música, el perfume de las flores y del incienso arábigo aturdián á Ligia, quien escuchaba las palabras de Vinicio con arrobamiento, como música armoniosa y dulce que agitaba su pecho con los latidos de una felicidad ya saboreada en el jardín de los Aulo... La que sentía ahora, sin embargo, era más intensa; y por una reacción natural en su alma cándida y pura trató de ahogarla, convencida de que era un sentimiento vituperable el que le producía aquella mezcla de espanto y placer, de turbación é indolencia, sumiéndola en una especie de sopor voluptuoso.

De pronto Vinicio exclamó con voz temblorosa:

—Ligia, te amo...

—¡Marco!...

En aquel instante se oyó la voz de Actea que estaba al otro lado de Ligia:

—El César os mira—dijo.

Vinicio tuvo un súbito acceso de cólera contra Nerón y contra Actea. Las palabras de ésta le hirieron como la afilada punta de una espada. No habría tolerado en aquel momento que le interrumpiese una voz querida; con menos razón había de sufrir una interrupción hecha, á su entender, con el propósito de cortar su amorosa plática.

Irguió, pues, la cabeza, y mirando á la liberta por encima de los hombros de Ligia, exclamó con despecho:

—¡Han pasado ya, Actea, los tiempos en que te sentabas, al lado de Nerón, en los festines! Dicen que vas perdiendo la vista. ¿Cómo has podido, pues, ver al César?

—Y no obstante le veo siempre—respondió Actea con melancolía.—También él es miope y os contempla ahora á través de su esmeralda.

Ligia, que al principiar el banquete había visto á Nerón como envuelto en una niebla y que absorta en escuchar á Vinicio no se había acordado más de él, levantó el rostro con los ojos llenos de curiosidad y de espanto.

Actea había dicho la verdad. El César, inclinado sobre la mesa, tenía un ojo medio cerrado y con el otro les observaba. De pronto se encontraron la mirada de Nerón y la de Ligia, y el corazón de ésta quedó helado de espanto. Siendo niña y encontrándose en Sicilia, en la quinta de Aulo, una vieja esclava egipcia le contaba terribles historias de dragones que tenían sus guaridas en las cavernas. En aquel momento le pareció á Ligia que uno de estos monstruosos dragones la miraba fijamente con su verdosa pupila. Instintivamente se aproximó á Vinicio y como una niña medrosa le cogió la mano, mientras cruzaban rápidos por su mente confusos pensamientos. «¿Es éste, pues?... ¿Éste el soberbio, el temible, el omnipotente?... Nunca le había visto y se lo imaginaba muy otro: con facciones horrendas, en las cuales estuviera como cincelada su protervia. Y, no obstante, en la realidad se le presentaba con una cabeza enorme y grótesca, es verdad; pero de lejos muy parecida á la de un niño. La túnica de color de amatista, que no podían vestir los simples mortales, envolvía su cara, corta y ancha, en un suave reflejo violáceo. Sus cabellos oscuros estaban rizados, conforme á la moda introducida por Otón, en cuatro hileras de bucles superpuestos. No llevaba barba. Pocos días antes la había consagrado á Júpiter, habiéndole manifestado Roma su gratitud por ello, si bien se murmuraba que la razón de tal

sacrificio, no era la piedad, sino el deseo de desprenderse de un apéndice que no favorecía en nada su belleza, pues estaba reducido á unos cuantos pelos rojos, como en todos los individuos de su estirpe. Sin embargo, en su frente, notablemente abultada, habia algo de olimpico y en sus fruncidas cejas se adivinaba la conciencia del poder. Pero aquella frente de semidios no era sino el remate de un rostro simiesco, gordinflón, á pesar de su aspecto juvenil, embrutecido por el vino y por el desenfreno de las pasiones, muelle y enfermizo. A Ligia le produjo la impresión de una fealdad siniestra, pero sobre todo repulsiva.

Depuso la esmeralda Nerón y entonces Ligia pudo ver dos ojos azules, reventones, parpadeando por el exceso de luz, sin expresión, vidriosos, parecidos á los ojos de un cadáver.

Nerón, dirigiéndose á Petronio, preguntó:

—¿Es aquella la muchacha dada en rehenes, de la que está enamorado Vinicio?

—Sí.

—¿A qué nación pertenece?

—Es ligia.

—¿Y le parece hermosa á Vinicio?

—Viste con el peplo un tronco de olivo carcomido y á mi sobrino le parecerá seductor. Pero en tu rostro ¡oh severo juez! leo ya el inapelable fallo. No te molestes en pronunciarlo... «Demasiado delgada, seca, una adormidera sobre su frágil tallo.» Y estoy pronto á apostar con Tulio Seneción.....

El aludido, que se hallaba empeñado en una disputa con Vestinio, burlándose de los sueños, en los cuales el último creía, se volvió á Petronio y sin saber de qué se trataba gritó:

—¡Te equivocas! Soy de la opinión del César...

—¡Muy bien!—replicó Petronio.—Precisamente tenia el capricho de sostener que los dioses te concedieron una chispa de ingenio, mientras que el César afirmaba que eres un pollino.

—¡Habet!—dijo Nerón, sonriendo irónicamente y dirigiendo el pulgar al suelo, como se hacía en el Circo cuando se quería que se rematara al gladiador vencido.

Vestinio, bien seguro de que se continuaba hablando de sueños, exclamó:

—Pues yo creo en ellos, y Séneca me ha dicho que á él le acontece lo mismo. Comprendo que haya quien no tenga fe en los dioses; pero no creer en los sueños...

—¿Y en las predicciones?...—interrumpió Nerón.—Una vez se me predijo que desaparecería Roma y que yo reinaria sobre todo el Oriente.

—Entre las predicciones y los sueños existe estrecha relación—respondió Vestinio.—Cierta procónsul muy escéptico envió al santuario de Mopso, por un esclavo, una carta sellada con orden terminante de no abrirla, para ver si el dios contestaría á la pregunta escrita en ella. El esclavo pasó toda la noche en el templo. Al día siguiente volvió y dijo: «He visto un joven refulgente como el sol que me ha dicho una sola palabra: Negro.» Al oír esto el procónsul palideció, y dirigiéndose á sus comensales, no menos escépticos que él, les dijo: «¿Sabéis que pregunta contenía la carta?»

Vestinio hizo una pausa y llevó la copa á los labios.

—¿Qué pregunta era?—interrogó Seneción.

—La siguiente: «¿Qué toro he de sacrificar; blanco ó negro?»

El interés que despertara esta anécdota desapareció por haber atraído la atención general Vitelio que, habiendo entrado en el festín ya beodo, empezó á soltar estrepitosas carcajadas sin motivo justificado.

—¿De qué se ríe ese tonel de sebo?—preguntó Nerón.

—La risa—contestó Petronio—es una de las cualidades que distinguen al hombre de los brutos, y Vitelio no ha encontrado otra manera de probarnos que no es un cerdo.

Vitelio reprimió la risa y haciendo chasquear sus labios relucientes de grasa y de salsas miró estúpidamente á los demás comensales como si les viese por primera vez en su vida.

Luego, levantando la mano, que parecía una almohadilla, gritó con voz ronca:

—He perdido el anillo de caballero; el anillo que heredé de mi padre.

—El cual era zapatero—añadió Nerón.

Vitelio volvió á prorrumpir en risotadas y se puso á buscar la sortija.

El festín se iba animando por momentos. Grupos de esclavos servían de continuo nuevos manjares y escanciaban vinos contenidos en preciosas ánforas que sacaban de recipientes llenos de nieve y cubiertos de yedra. Del techo caía sobre la mesa y los comensales una lluvia de rosas.

Petronio suplicó á Nerón que se dignase honrar el banquete con su canto exquisito antes de que los convidados estuvieran